

dominio y jurisdicción mexicanas todos los territorios situados aquende el Hondo, de que se habían apoderado ya los ingleses y que perderíamos irremediablemente, si no se autorizara la ejecución del Tratado. Esas tierras, entre las cuales se cuentan las tan ambicionadas que rodean la mencionada laguna de Bacalar, no podrían ser colonizadas con éxito lisonjero, sin la conclusión de la guerra de las tribus indias que también nos traerá la posesión de comarcas extensas y de fertilidad notoria que excitan la ambición del agricultor y convidan á los inmigrantes á trasladar allá sus hogares y á fundar los nuevos pueblos que han de dar vida y movimiento á la futura civilización deseada y presentida. Compárense la pequeñez del sacrificio que hacemos y las notorias ventajas que para lo porvenir asegura el Convenio, y se comprenderá que nuestros verdaderos y legítimos intereses están en procurar su pronta y segura ejecución.

IV.

La reprobación del Tratado entre México é Inglaterra, sobre Belice, traería incalculables males á la República y muy especialmente al Estado de Yucatán. Los extensos territorios situados más allá de nuestras fronteras, que fueron abandonados en la época de la invasión de los bárbaros y cuya reconquista no ha sido posible obtener, serán indudablemente ocupados por los ingleses ó por cualquier otro pueblo interesado en su colonización, si el Gobierno mexicano no se apresura á ejercer sobre ellos actos de verdadero y positivo dominio que hagan incontestable nuestra soberanía é impidan toda discusión semejante á la que han motivado los de la colonia de Belice. En esos territorios, testigos de las heroicidades de nuestros pa-

dres, donde se derramó á torrentes la sangre yucateca, y que un tiempo abrigaron en sus fecundos senos pueblos y ciudades florecientes, que cayeron y murieron bajo el hacha destructora del salvaje, no se ha restaurado aún el imperio de nuestras leyes, ni la jurisdicción de nuestras autoridades. Los pocos antiguos pobladores que no hicieron el sacrificio de su propia vida, en la guerra á que dió causa la insurrección india, se vieron obligados á olvidar sus propiedades; y aquellos campos de fertilidad pasmosa, que fueron base y fuente de halagadoras esperanzas, son hoy bosques silenciosos é inmensas soledades, transitadas sólo por el viajero animoso, que sin contar los peligros, se resuelve á visitar las ruinas de una civilización que se extinguió y que la historia ha consignado ya en sus indelebles páginas. Para llamar nuestros á esos campos y á esas ruinas, no tenemos otra razón, que la de haberlos poseído y defendido, hasta donde nos fué dable, y la justa ansiedad y legítimo deseo de volverlos á nuestra dominación, y repoblarlos y colonizarlos nuevamente, sin las inquietudes de la guerra y á la sombra de una paz cierta y asegurada irrevocablemente para el porvenir. Pero nuestro deseo y nuestra intención y nuestro ardiente amor á esa tierra, templo augusto de nuestras desgracias y santuario venerado de nuestros mártires, no son, ni pueden ser títulos bastantes para alejar toda ocupación extraña, é impedir las invasiones de otros pueblos que pretendan también la posesión de ella. La tierra es herencia común de todos los hombres y á ninguna nación puede evitarse justamente que se apropie y cultive regiones deshabitadas, que ningún pueblo ocupó ó que otro perdió y abandonó indefinidamente, en virtud de la imposibilidad de conservarlas y explotarlas.

«Un pueblo no tiene derecho para ocupar regiones inmensas que no es capaz de habitar y cultivar; porque la naturaleza, destinando la tierra á las necesidades de los hombres en general, sólo faculta á cada na-

ción para apropiarse la parte que ha menester, y no para impedir á las otras que hagan lo mismo á su vez. El derecho de gentes no reconoce, pues, la propiedad y soberanía de una nación, sino sobre los países vacíos que ha ocupado de hecho, en que ha formado establecimientos y de que está usando actualmente. Cuando se encuentran regiones desiertas en que otras naciones han levantado de paso algún monumento, para manifestar que tomaban posesión de ellas, no se hace más caso de esta vana ceremonia, que de la bula en que el Papa Alejandro VI otorgó á los reyes católicos el dominio del Nuevo Mundo, recientemente descubierto.» (1)

Si queremos, pues, sostener que México tiene verdadera soberanía sobre los indicados territorios, es indispensable someter á las tribus indias que nos han evitado recuperar la posesión perdida, lo cual no podrá lograrse sin la autorización del Tratado. Es notoriamente vano cualquier otro pensamiento que tienda á establecer la paz definitiva entre nosotros y los salvajes, que mientras tengan el auxilio eficaz de los ingleses, no consentirán en abjurar su odiosidad á nuestra raza, y en someterse leal y sinceramente al Gobierno mexicano. Dada esa actitud de abierta rebelión, que siempre sostuvieron desde la iniciación de la guerra, no tenemos ni el recurso usado con buen éxito en semejantes casos por otros pueblos, de celebrar convenciones con ellos, que nos permitan pacíficamente adquirir el territorio que ocupan, por medio de contratos que espontáneamente celebraran. Los esfuerzos empleados para concluir con ellos, convenios de paz y de amistad, aun cuando continuaran viviendo independientemente y sustraídos de la obediencia á nuestras leyes, han sido también infructuosos, y es probable que al fin prefieran anexarse á la colonia de Belice y someterse al Gobierno británico, que volver al dominio de la República. Es esto tan-

(1) Principios de Derecho internacional por Andrés Bello. Página 39.

to más verosímil, cuanto que el Ministro inglés ha expresado ya á nuestro Gobierno, el deseo manifiesto en ellos de incorporarse á Belice, y es seguro que la reprobación del Tratado proporcionará á Inglaterra un pretexto para la unión de Santa Cruz y demás poblaciones indias á la colonia; y por consiguiente la de todas las otras tierras deshabitadas y en las cuales ya no ejercemos jurisdicción alguna.

Sería muy fácil para Inglaterra, ó consumir la anexión indicada, ó establecer un protectorado sobre los indios, igual al que ejerció entre algunas tribus aborígenes en los Estados Unidos antes de la emancipación de las colonias americanas y que éstas mantuvieron después de su independencia con el fin de asegurar la adquisición de los territorios ocupados por los expresados indios, por medio de ventas y enajenaciones pactadas libremente y sin coacción de ninguna clase.

Contra las pretensiones invasoras de la Gran Bretaña, no tendremos mas que un derecho eficaz, el de la fuerza; y es indudable que mientras sigamos discutiendo la legitimidad de nuestra soberanía, sin obligar á los detentadores de ella á reconocerla y respetarla, nuestras protestas y nuestras reclamaciones, por arrogantes que sean, no nos producirán fruto alguno, y las usurpaciones continuarán y la mayor parte del suelo yucateco será perdido irremediablemente, á pesar de las teorías y doctrinas que puedan formularse en favor de la jurisdicción mexicana.

Ya hemos visto que autores distinguidos sostienen y proclaman, que un pueblo no debe apropiarse más tierras que las que puede explotar y cultivar, y esos principios serán el apoyo y fundamento de la Gran Bretaña, para extender insensiblemente sus establecimientos en el territorio de la República, como lo ha hecho hasta hoy, sin que nuestros gobiernos hayan querido ó podido hacer otra cosa, que formular reclamaciones diplomáticas que no produjeron ningún resultado.

Para combatir nuestras ideas, se dice que otros pueblos, aunque débiles, en condiciones iguales á las nuestras, lograron salvarse de la ambición y codicia de naciones poderosas, sosteniendo con dignidad y heróico valor sus derechos vulnerados, y celebrando pactos de alianza con otros pueblos que los hiciesen respetables y temidos. Nosotros pensamos que la dignidad de una nación no está siempre en la guerra, á no ser en casos irremediables y extremos; y que no debe ser provocada, si ha de traer males inmensos é incomparables, con los relativamente pequeños que se tratan de evitar; que las grandes naciones sólo protejen y favorecen á las débiles, cuando están interesadas directa ó indirectamente en auxiliarlas y procurar su conservación, y que la historia dice con elocuencia y verdad incontrastables, que el pueblo que no pudo defender sus propiedades de las ocupaciones extrañas, y conservar de hecho sus posesiones, perdió para siempre los títulos de su dominación, conforme á los preceptos que rigen el mundo internacional. Si la España pudo oponerse á la ocupación de las Carolinas, de que Bismark quiso apoderarse tan infundadamente, y los Estados Unidos no permitieran á ningún otro pueblo que tomase posesión de una sola pulgada del territorio de Alaska, sobre el cual sus derechos de soberanía son reconocidos, esos ejemplos no pueden, racionalmente, mencionarse en el asunto de Belice, y proponerse como dignos de la imitación de México que no trata de evitar la ocupación de los territorios cuestionados, sino de reconocer en ellos la soberanía inglesa, cuyo ejercicio no pudo impedir oportunamente.

España y los Estados Unidos pudieron hacer lo que á México no le fué dable, y obran perfectamente al reprimir cualquier atentado á su bandera y todo acto encaminado á despojarles de la posesión que han gozado.

La verdad evidente que de los hechos se desprende,

es que México no ha podido desde su independencia hasta hoy contener la insensible extensión y á acrecentamiento continuo de los establecimientos británicos: que esa impotencia ha sido y es aprovechada por los colonos ingleses para aumentar su dominación en el territorio yucateco, y que si no logramos limitar de algún modo esa invasión que ahora es un despojo, pero que el tiempo convertirá en derecho, Yucatán, perderá la mayor parte de su territorio y será víctima segura de los que, pensando equivocadamente servir á la patria, preparan su ruina y humillación para lo porvenir.

Si la República no puede ni conservar ni mantener de hecho el ejercicio de su soberanía en territorios que todavía no han sido ocupados por otros pueblos, ¿cómo ha de intentar la reconquista de los poseídos ya por la Gran Bretaña y que se perdieron sólo porque fué imposible impedir su ocupación? Si la nación no ha conseguido la reducción y sumisión definitiva de las tribus indias, ¿cómo ha de contener y reprimir las usurpaciones inglesas consumadas á la sombra de esa guerra, fuente de inmensos males y causa de inquietudes y temores que alejan la posibilidad de la colonización? Aunque no aceptáramos el principio de que la población, explotación y cultivo de las tierras, son condiciones para la posesión que es fundamento legítimo del dominio, sería cuando menos indispensable ejercer actos que significasen nuestra soberanía é impidiesen que se sujetara después á discusiones siempre desfavorables á nuestros derechos. Es urgente que la acción de las autoridades mexicanas se haga sentir en las líneas de nuestras fronteras, y que toda violación territorial sea reprimida oportunamente, á fin de no permitir en manera alguna esa posesión que, consentida ó tolerada, nos pondría en condición forzosa de reconocer las nuevas usurpaciones.

Todas estas cosas no podrán realizarse sin el Tratado. Sólo la ejecución de éste nos pondrá en posibili-

dad de sujetar á los indios rebeldes, de facilitar nuestras comunicaciones, de hacer respetar nuestra bandera protegida por nuestras armas y de lograr que nuestras leyes sean cumplidas en esos lugares, que, de otro modo, se convertirán bien pronto en posesiones inglesas.

Los enemigos del Tratado lamentaban antes que los gobiernos anteriores fuesen tan poco celosos en la defensa de los derechos soberanos de México; censuraban la indiferencia, el abandono y la poca atención con que se habían mirado las usurpaciones inglesas, y aun se quejaban de la poca ó ninguna protección que se había otorgado al pueblo yucateco en las horas de dolor supremo y de inolvidables sufrimientos. Y hoy que el Gobierno de la Unión, después de un estudio concienzudo, propone y alcanza la única solución posible en el asunto, y decide reparar, aunque en parte, los males pasados y prevenir los futuros, levantan también protestas y manifestaciones para combatir lo que antes se creyó urgente, necesario y á todas luces conveniente á los intereses del país. Se desea ardientemente el Tratado y luego que se celebra se dice que no debe aceptarse en los únicos términos posibles. ¿No es esto colocarse fuera de las exigencias racionales y patrióticas, y demandar caprichosamente más de lo que la prudencia y un criterio sano é imparcial aconsejan? ¿Es lógico y justo suponer que nuestro Ministro, el Sr. Mariscal, no hizo cuanto pudo y cuanto era dable en favor de la soberanía mexicana? ¿Sus honrosos antecedentes, su habilidad justificada en la discusión de otros negocios diplomáticos, no son garantía bastante para ponerle á salvo de acusaciones injustas y de sospechas infundadas? Sobre todo, en las censuras que tan irreflexivamente se le han dirigido, ¿se le ha indicado la mejor manera, el medio seguro de obtener el aplauso y el contentamiento de todos? Nosotros creemos que en la situación delicada y espinosa de nuestro Ministro, á nadie era fácil lograr todo lo que se lamenta

no haber alcanzado. Pensamos que lo que él aceptó era la única decisión prácticamente realizable: que la pérdida de los territorios abandonados á la Gran Bretaña no se debe á poco acierto y discreción en las negociaciones, sino al consentimiento, tolerancia ó impotencia de los Gobiernos mexicanos, que no quisieron ó no pudieron oportunamente impedir la ocupación continuada del suelo yucateco y la posesión inglesa mantenida, sin obstáculo alguno, que forzosamente debían convertirse después en fundamento poderoso de las pretensiones de Inglaterra. El Informe del Sr. Mariscal, que ha merecido tan rudos ataques de los enemigos del Tratado, producirá un resultado positivo, más provechoso que todas las luminosas y eruditas notas que los Ministros que le precedieron, en la discusión de la cuestión de Belice, formularon en defensa de los derechos de México. Ese Informe, separándonos del mundo de las ilusiones en que vivíamos con notorio aprovechamiento del colono inglés, nos conduce al campo de la realidad, nos muestra las cosas tales como son en sí y no como las hemos soñado, bajo la trastornadora influencia de sentimientos y aspiraciones nobles, bellas y levantadas, pero imposibles. En ese informe, en que resaltan la lealtad y la sinceridad más completas é incompatibles con las opiniones de los que sostienen la necesidad y el deber de engañar y de fingir, en el ejercicio de las funciones públicas, se encuentra el convencimiento de que el Tratado es indispensable y de que sin él la suerte futura del Estado de Yucatán no puede quedar asegurada. Los que le niegan, por lo tanto, su aceptación, frabajan por el suicidio más inexplicable y preparan la ruina de la patria.

Preocupémonos menos del derecho absoluto y fijémonos en los hechos que son los que se tienen en cuenta en el mundo internacional. La opinión de nuestros historiadores, los documentos que puedan publicarse, y las reflexiones con que se ha pretendido impugnar el Tratado, no prueban ni probarán nunca que estemos

en posibilidad de recuperar las posesiones perdidas y que no sería una aventura temeraria y peligrosa, cuyos resultados no pueden ser provechosos, pretender arrebatar á la Inglaterra los territorios cuya ocupación no pudimos impedir. Ante el temor natural de males más graves, contentémonos con el respeto y reconocimiento de nuestra soberanía, en las tierras que aun podemos mantener bajo nuestra dominación, si como esperamos, el Tratado se ratifica por el Senado de la República.

V.

Los celosos defensores de la dignidad nacional, los intransigentes enemigos del Tratado sobre Belice, que, según expresan, vulnera los derechos soberanos de la patria y nos atrae la condenación del mundo civilizado, antes de invectivar al Ministro que siguió las negociaciones y á los que con él sostenemos la conveniencia y utilidad de la Convención, debieran al menos decirnos cómo se podría prácticamente arrebatar á Inglaterra las posesiones perdidas, cuyo proyectado reconocimiento produjo la ruidosa algarada que como única argumentación se opone á las exigencias imperiosas de la razón y de la historia. Debieran probarnos que la discusión de un siglo, tiempo suficiente para emplear todos los recursos imaginables en favor de nuestros derechos sobre Belice, no es bastante para demostrar la imposibilidad, en que siempre estuvimos, de mantener en nuestra dominación las tierras que llamábamos nuestras, y que no es ridículo convertirnos en eternos soñadores de una soberanía que jamás existió, y pretender constituirnos en reparadores fieros de agravios irremediables, y que fueron natural resultado y consecuencia forzosa de los mismos pactos celebrados entre España é Inglaterra, y de la paciente actitud

de los Gobiernos mexicanos. Desde que España consintió en favor de Inglaterra el usufructo de las tierras cuestionadas, debió ser cuidadosa en el mantenimiento y conservación del dominio eminente que se reservó en los Tratados y reprimir con oportunidad cualquier acto dirigido á desconocer ó restringir su soberanía. Pero lejos de hacerlo así, toleró la infracción de los pactos de 1783 y 1786, no procuró el cumplimiento de sus leyes y la constante sumisión de los colonos á sus autoridades y hasta olvidó enviar á los establecimientos británicos comisarios ó delegados representantes de su soberanía, que mantuviesen el respeto y reconocimiento de los derechos consignados en los Convenios expresados. Desde el año de 1798, los colonos ingleses comenzaron á poseer en nombre propio y no en el de España, y sin más título que el de la fuerza empleada contra la expedición de O'Neill; y ese despojo y esa violación de la fe pactada, mantenidas hasta hoy, sin interrupción alguna, debían producir forzosamente el definitivo apoderamiento de los terrenos usufructuados y la extinción de los derechos que España y México tuvieron por virtud de los Tratados; pero que de hecho no ejercieron ni pudieron mantener contra las pretensiones de Inglaterra.

La fuerza no es el derecho, gritan los impugnadores del Tratado; la traición á la fe jurada no puede convertirse nunca en legítimo fundamento de la soberanía, ni el robo fué jamás base reconocida de la propiedad; pero quienes así argumentan, niegan las leyes de la historia y desconocen la vida del género humano. ¿Fueron acaso siempre la justicia y el derecho absoluto, germen y causa de los derechos soberanos? ¿Qué razón y qué derecho autorizaron las conquistas de los imperios poderosos que desolaron al mundo y lo sujetaron á su dominación? ¿Es posible retroceder á través de los siglos y examinar los primeros títulos que las naciones tuvieron para poseer sus tierras, y obligarlas á restituir á sus antiguos dueños las que fueron solo fruto de usurpaciones injustificables?